





EL RESTO DE NUESTRAS VIDAS

CHAI EDITORA



Benjamin Markovits

EL RESTO DE NUESTRAS VIDAS

Traducción de JUAN NADALINI

Markovits, Benjamin

Título original: *The rest of our lives*

© Del texto, Benjamin Markovits, 2025

© De esta edición, Chai Editora, 2025

© De la traducción, Juan Nadalini, 2025

Diseño de tapa
Gonzalo Marin

Arte de tapa
Constantin Rath

Diseño de colección e identidad
Lamas Burgariotti

Primera edición en Argentina
Junio 2025

ISBN: 978-631-90896-2-2

Hecho el depósito que marca la ley
11.723

Publicada bajo el acuerdo de Casanovas
& Lynch Literary Agency S.L.

Austria 1840
Ciudad de Buenos Aires,
Argentina
www.chaieditora.com



Para Caroline



I

Cuando nuestro hijo tenía doce años mi esposa empezó una aventura con un tal Zach Zirsky, conocido suyo de la sinagoga. Era un tipo un poco más joven que ella, no mucho, padre de tres chicos, todos menores que los dos nuestros, pero en cierto sentido estaba en la misma situación que mi mujer: ambos tenían parejas que ganaban muy bien, de modo que no hacían gran cosa, se aburrían, perdían la paciencia e incluso quizá se deprimían. La esposa de Zach era jefa de oncología en el condado de Westchester. Vi cómo Zach le acariciaba la mano a Amy por debajo de una mesita de picnic en la colecta de alimentos de Purim, al amparo de un mantel descartable. Era un tipo no muy alto, más o menos un metro setenta, morocho, de hombros anchos. Usaba camisas de lino, con los botones superiores siempre abiertos; en los pelos del pecho ya se le adivinaban algunas canas. Los domingos tocaba la guitarra en el templo, para los chicos, y les enseñaba canciones judías estilo “Gira, gira, sevi-von” (temas bastante pro Israel pero de tono festivo: batamos palmas y plantemos árboles). Era de esos tipos que en los *bar mitzvah* salía a bailar con las viejitas y las nenas de trenzas, así que también se sentía libre de abrazar a las madres más bonitas y nadie se quejaba. A mí me caía mal incluso antes de verlo de la mano con Amy.

Mi familia de origen era católica, pero mi padre creía que la religión no era más que una especie de fiesta de etiqueta, y él detestaba la ropa elegante. Tal vez por eso yo jamás participé en las actividades de la sinagoga, de modo que Amy tenía ahí todo un entramado social y una identidad propia, y yo no.

Me contó lo de Zach cuando yo ya lo sabía y cuando ya se había terminado. Amy tenía una culpa tan intensa que no podía evitar enojarse con la persona respecto de la cual se sentía culpable. Que en general era yo. También me dijo que quería hacerme enojar; que lo único que buscaba era alguna reacción, nada más, *cualquier reacción*, pero lo cierto es que yo no funciono así. Si hay algo que se pueda hacer para arreglar las cosas, lo intento. Pero en este caso no supe bien qué. Me dijo: *No sientes nada por nada*. Yo dije: *Todo lo que hago lo hago por ti y por los chicos. Son lo único que me importa*.

¿Entonces qué quieres hacer?, le pregunté. *¿Quieres que nos divorciemos?*

Pero no, no quería. Al menos no hasta que los chicos no se hubieran ido a la facultad. La casa y los chicos eran los únicos logros visibles de los últimos doce años de su vida. La aventura con Zach no tenía ningún valor. Había sido más bien una especie de daño autoinfligido. (Ella sabía que yo sabía que a veces, de adolescente, se tajeaba los muslos.) Un llamado de atención. Pero Amy es de esas personas que inventan relatos para justificar sus motivos y sus acciones, unos relatos tan convincentes que hasta ella se los cree, de modo que a veces es difícil hablar del tema o entender de verdad qué está pasando.

Uno se enamora de alguien a los veintiséis, y va viendo a esa persona bajo toda una serie de luces distintas, y la juzga de acuerdo con el potencial que tiene, pero después de años y años de matrimonio, de criar hijos juntos y de tomar las miles de decisiones compartidas que hacen falta solo para sobrellevar

los días, uno termina por acumular tanta información sobre esa persona que después de un tiempo esos datos parecen... bueno, bastante fehacientes. Si aun así uno insiste en hacerse ilusiones, entonces la culpa es propia. De modo que si uno sigue casado es porque aceptó que esa persona es así, y que así es la vida que comparten, y deja de esperar que el otro le dé o haga cosas que uno sabe perfectamente que es poco probable que sea capaz de dar o de hacer. Es como ser hincha de los Knicks.

Pero igual me prometí una cosa. *En cuanto Miriam se vaya a la facultad, tú también te vas a poder ir.* Quizás esa también era una fantasía, pero al menos me ayudó a sobrellevar los primeros meses después de que Amy me contó lo de Zach, cuando por el bien de los chicos nos forzamos a hacer de cuenta que no pasaba nada. Pero era evidente que lo que teníamos, incluso con las aguas ya más calmas, era un matrimonio de cuatro puntos (algo que dificulta muchísimo superar un seis de promedio en los otros aspectos de la vida).

Doce años después, Miriam cumplió dieciocho. Pasamos las primeras semanas de agosto en Cape Cod. La familia de Amy tenía una casa en Wellfleet que había que reservar con un año de antelación, y aun así surgían toda clase de discusiones y encontronazos por el uso de las camas. En un sector del parque había una cabañita de un solo ambiente donde en teoría podían dormir tantas personas como colchones hubiera disponibles, motivo por el cual en un rincón, bajo el alero, había una pila de colchones viejos. Siempre y cuando te diera igual compartir el baño o tener que salir de mañana a mear desde el deck. Por lo general yo me quedaba en la ciudad e iba hasta ahí únicamente los fines de semana, pero como ese era el último verano que Miriam iba a pasar con nosotros me tomé dos semanas de vacaciones.

El hermano mayor de Amy, Richard, se alojaba en la casa principal con su nueva esposa y el bebé de ambos. Sus otros dos hijos tenían más de treinta años, y uno también era padre de un bebé. Por eso a ellos les había tocado la casa grande y a nosotros la cabañita, cosa que a mí me parecía sensata pero que para Amy no era más que otro ejemplo del modo en que su familia siempre prefería en todo a Richard. Su padre, a quien mi esposa idolatraba, había muerto muchos años antes, cuando Amy todavía estaba en la secundaria. La relación con su madre era más complicada. Como sea, hubo un hecho que me resultó curioso: Esther (la madre de Amy) dejó que Richard y Kelsey usaran el dormitorio principal, que era el único con baño en suite, aunque en ocasiones anteriores, cuando habíamos compartido la casa con ella, siempre insistió en dormir en su propio cuarto. *Pero eso es porque Tom solo viene los fines de semana*, explicó. (Tom soy yo).

Así que en cierta forma, por supuesto, la culpa era mía.

Igual los Naftali son demasiados como para seguirles el rastro a todos, y la mayoría resultan irrelevantes en esta historia.

Conocí a Amy en Boston, en la escuela de posgrado. Ella estaba haciendo una maestría en Educación y yo cursaba el tercer año de un doctorado sobre la novela estadounidense de la década del sesenta (me encontraba en ese punto exacto en el que había que empezar a escribir, así que fantaseaba con abandonarlo todo y dedicarme a estudiar Derecho). En realidad Amy salía con un amigo mío, Ethan Konchar, hasta que él se ganó una beca del Instituto Max Plank de Göttingen. La fiesta de despedida se organizó en el departamento de Somerville que Ethan compartía con otro compinche suyo del posgrado, Sam Tierney.

Amy era una mujer de una belleza excepcional, pero jamás la ostentaba. Su única estrategia consistía en hacer lo mínimo indispensable, como para no encandilar con destellos engañosos. Eso,

naturalmente, a la larga llamaba muchísimo la atención. La gente en la fiesta no dejaba de compadecerla porque Ethan se estaba por ir, y ella es de esas personas que siempre buscan complacer a los demás sintiéndose y portándose como ellos dan por hecho que debería hacerlo. Esa noche terminó atrapada en la cocina, junto a las bebidas, y los invitados se le acercaban y le decían cosas como: *¿Cuándo lo vas a volver a ver?* En ese momento aún no quedaba claro si iban a seguir juntos. Amy mide un metro setenta y siete, más o menos, y tiene una presencia física increíble. Durante la mayor parte de su infancia quiso ser bailarina, pero después creció demasiado. Lo cierto es que su fisonomía no resulta particularmente judía. Pelo enrulado, castaño, largo por abajo de los hombros; una cara hermosa, de rasgos fuertes, anglosajones. En la facultad llegó a trabajar de modelo para una empresa de relojes pulsera; impresiona como esa clase de mujer que sabe andar a caballo, cosa que en efecto es cierta. Tras la muerte de su padre, cuando volvieron a vivir a Nueva York, cursó los dos últimos años del secundario en Brearley.

Le pedí su número a Ethan y la llamé unas semanas después de la fiesta para ver cómo andaba. Me dijo que se habían separado, pero incluso cuando empezamos a salir ella sentía que de algún modo lo estaba engañando, así que aquellos primeros meses me resultaron mucho más intensos que con cualquiera de las mujeres previas con las que me había relacionado. Para ella era muy importante invitarme a Cape Cod antes de Navidad.

En aquella época yo todavía me sentía el mayor dentro de esa pareja: tenía veintiséis, y ella veintitrés. Manejaba un Toyota Corolla que me había comprado trabajando en el servicio de atención al cliente de Alaska Airlines. Me pasaba los fines de semana en Logan: estaba a cargo de los pasajeros desde que llegaban al mostrador hasta que subían al avión. Fuimos en auto por la Ruta 6, viendo cómo el continente se iba angostando a

nuestro paso, y aunque afuera hacía menos de seis grados (con sol, eso sí: una luz radiante, invernal) Amy me obligó a parar en un café con minigolf, el Wellfleeer Dairy Bar. El lugar, por supuesto, estaba cerrado, solo abría en temporada: ella nada más me lo quería mostrar. Cada verano, antes de llegar a la casa de la familia, su papá frenaba ahí a tomar helado. Aquel fue mi primer contacto cercano con esos breves ritos casi infantilizados que tienen los ricos respecto de ciertos privilegios existenciales.

Así que cuando llegamos a Cape Cod, y sin haber desarmado las valijas, tuvimos que ir hasta la playa. Para acceder, primero había que bajar una escalera empinada de madera y después abrirse paso, a los tropiezos, entre las ammophilas, hasta llegar al agua. Hacía, como dije, seis grados, eran más o menos las tres de la tarde. Estábamos del lado de la Bahía, aunque en realidad me costaba entender la geografía de la zona. Sobre los médanos quedaba un poco de nieve vieja, pero el viento no era fuerte; el mar parecía el mar.

Amy estaba muy contenta de haber ido. Con un aire como adolescente, sí, pero muy contenta. La casa, cuando por fin se me permitió curiosear un poco, me resultó encantadora. Los Naftali se habían mudado ahí en los años treinta. El abuelo de Amy conocía a Hayden Walling, autor de muchas de las casas de Wellfleet y de una ampliación en la de ellos, que en sus orígenes había sido una de esas viviendas típicas de Cape Cod. Walling le había agregado un ala nueva y un primer piso. El conjunto resultaba bastante incongruente, aunque de algún modo también se fusionaba bien. Creo que se entiende de qué hablo: alfombras viejas, muebles estilo Shaker... Yo, en aquel momento, no. Solo pensé: *Esta es la clase de vida que quiero heredar.*

El estilo general se podía resumir como una suerte de utilitarismo chic. La cocina no tenía alacenas: las ollas y las sartenes colgaban de ganchos en las paredes. La bacha estaba frente a

la ventana, desde donde se veía la Bahía. Los listones del suelo hacían ruido. En la planta baja no había cortinas, así que el sol de la tarde proyectaba, contra el suelo y las paredes, inmensos mosaicos de luz que incidían en ángulos extraños. Pero también se veía una enorme acumulación de historia familiar, incluyendo un cuadro muy raro de Max Ernst con un pequeño hombre pájaro. Amy me lo señaló.

—Es lo único que de verdad vale algo —dijo—. Papá llegó a conocerlo.

En una pared del comedor, junto a la mesa, había una hilera de retratos del abuelo de Amy y de sus tres hermanos. Fotos en blanco y negro, de estudio. Todos habían sido sujetos sumamente exitosos, cada cual en su ámbito. Dos habían ganado plata en serio.

Pero también había cosas como... uno de los dibujos de Amy del jardín de infantes: pedacitos de cristal marino pegados con arena de verdad, y con algo de pasto, y el mar hecho con trazos de crayones verdes. Estaba en su correspondiente marco, colgado a los pies de la escalera.

Hasta que tuvimos hijos, Amy siempre se levantó tarde. Aquella vez yo me desperté temprano para trabajar, pero la verdad es que no hice más que dar vueltas por ahí. En la casa no había calefacción central; usaban unas estufas a garrafa, viejas y oxidadas, de esas que tienen ruedas y se encienden con fósforos. No confiaba en mi propia pericia, así que preparé café y me calenté las manos con la taza. Algunos sillones y algunas sillas estaban tapados por mantas de lana. La gran pared acristalada del living daba al oeste, así que de mañana quedaba completamente en sombra.

Estuvimos ahí una semana, antes de que llegara su hermano con su primera esposa. Pero no nos superpusimos. A mitad de la estadía nevó muchísimo, sin embargo despejaron las rutas justo a tiempo como para que pudiéramos volver a Boston. La

dejé en su departamento y seguí viaje hasta Trenton, donde vivía mi madre (sola, así que yo siempre pasaba Navidad con ella). Esas vacaciones empecé a estudiar para el examen de ingreso a Derecho, y unos meses después, de manera más formal, abandoné la escuela de posgrado. A esas alturas ya estaba enamorado de Amy y supuse que para el tipo de vida que íbamos a querer llevar juntos me convenía ganar más plata. Pero igual no tenía ganas de escribir el libro.

El novio de Miri vino a pasar el fin de semana. Su llegada generó un montón de discusiones familiares. Sobre todo entre los Naftali, quiero decir. Durante la mayor parte del año no se llamaban ni se escribían, pero aun así cada vez que se juntaban surgía esa sensación como de cultura compartida, o de tradición, y se esforzaban por respetarla, así que terminaban pareciendo más unidos de lo que en realidad eran. En cierta forma yo lo veía como una suerte de veta remilgada, un poco rancia. Amy también la tenía, si bien a veces se rebelaba contra eso.

Jim al final trajo una carpa y la armó en el parque, y a Miri le dimos permiso para que se escabullera con él, aunque oficialmente seguía durmiendo en la cabañita con nosotros.

El fin de semana no fue un éxito rotundo. Jim se estaba por ir a Harvard. Se había pasado el verano haciendo una pasantía en Apple Park, así que Miri un poco ya los daba por separados. Estaba contenta de verlo otra vez para poder despedirse, sí, pero quería empezar su propia vida universitaria (en Carnegie Mellon) con el horizonte despejado. Igual Jim contó muchas anécdotas sobre Cupertino. *Todos los que andaban por ahí eran gente tranquila pero también súper inteligente y enfocada.* Cosas así, que a Miri le molestaban. Aunque quizás había otras tensiones dando vueltas; discutieron mucho. Amy aborrecía esas exhibiciones públicas, sobre todo delante de su hermano.

—Miriam —le dijo en un momento, con su típico tonito condescendiente—. Sé buena.

Y en otra ocasión llegó a pedirle disculpas a Jim.

—Perdón, Jim —dijo—. En eso salió al padre. No, a ver, me explico... —Porque se daba cuenta de lo mal que había sonado semejante afirmación—. Lo que trato de decir es que a los Layward no les parece necesario tratar bien a la gente querida. ¿No es verdad? Si me lo dices todo el tiempo.

—Es verdad —dije. Y tenía razón, me daba igual.

Lo cierto es que Jim era un buen chico. Medía apenas un metro setenta, pero era prolijo, buen mozo, y uno de los cinco finalistas de lucha libre de la secundaria Westchester/Putnam. No ganó, y lo aceptó con altura. (Hubo una especie de encuesta en las redes sociales, organizada por un diario de la zona, en la que salió cuarto). Daba igual, era obvio dónde quería ir: a Harvard, después a San Francisco, o a Wall Street... antes de cumplir los treinta iba a estar ganando sumas de siete cifras. Me caía bien, pero también me llevaba a pensar: *No hay manera de que en el secundario yo hubiera sido amigo de este chico*. Siempre me había tratado con sumo respeto, pero no creo que viera en la enseñanza del Derecho una profesión digna.

Una tarde hubo una fiesta muy grande en lo de los Brinkman, viejos amigos de los padres de Amy y dueños de una casa con vista a Slough Pond. Era una tradición para celebrar el fin del verano. Los invitados llevaban comida, y en el jardín armaban una mesa de madera de siete metros, con bancos a ambos costados, donde se sentaban todos a comer. El agua estaba tan cerca que casi se podía saltar desde el deck. Los chicos corrían por ahí, había un muelle y un cobertizo para embarcaciones. Miri y Jim se llevaron a unos nietos a dar vueltas en un par de canoas. Al rato Jim empezó a molestar a Miri: quería que corrieran una carrera. Pero entonces hundió el remo con tanta

fuerza que la canoa se dio vuelta. El Brinkman que iba con él tenía solo nueve años, pero el agua no estaba fría y el chiquito sabía nadar.

No fue para tanto. Estaban a tres o cuatro metros de la orilla, pero por algún motivo Miri se enojó mucho con él, y se pelearon en la playa delante de todos.

Amy dijo:

—Tom, tienes que intervenir.

—¿Por qué yo?

—Porque se enoja cada vez que yo trato de decirle algo.
—Cosa que era cierta.

—¿Qué quieres que haga?

—No sé. Pero no pueden seguir así.

Cuando me decía ese tipo de cosas yo en general me fastidiaba, pero de todos modos me puse de pie.

—Ey, Miri. Ey, Jim —dije mientras iba bajando por los pedregales podridos de la escalera—. Mejor nos calmamos un poco, ¿sí?

—No te metas —me dijo Miri.

—Perdón, señor Layward. Fue culpa mía. Hice demasiada fuerza.

—Estabas alardeando.

—Miri, vamos a dar una vuelta —le dije.

—Te pedí que no te metieras... —Pero terminó viniendo conmigo, y Jim se fue a cambiar a la casa.

—¿Te mandó mamá? —preguntó.

—¿Qué diferencia hay?

—Solo le importan las apariencias.

—En este caso las apariencias indican que ustedes dos no la están pasando nada bien.

En el terreno de los Brinkman no hay un sendero que discorra junto a la orilla, pero igual se puede caminar entre los

árboles hasta llegar a la calle principal, que es muy bonita; está llena de casas, aunque casi todas ocultas por el follaje.

Mi hija (estoy bastante convencido) se va a convertir en una adulta sensata y competente, pero en esa fase estaba presa de sus propias preocupaciones, así que parecía más egoísta de lo que en realidad era.

—Siempre tiene que ganar en todo —dijo—. Aunque no sea una competencia, él cree que sí. Por mí perfecto, él es así. Pero se piensa, no sé, que me puede ganar. O sea, si no nos ponemos de acuerdo en algo, tiene que ser más persuasivo. Perdón —dijo—. Me parece que ya te hablé de todo esto.

—No pasa nada. La gente se repite cuando trata de solucionar algo.

Pero no era lo que había que decir.

—No es para nada lo que está pasando. Le dije: *Te quiero pero no tienes ganas de que te ande respirando en la nuca cuando te vayas a Harvard.*

—¿Y qué te contestó?

—No sé.

—¿Qué dijo?

—No sé, pa. Algo tipo *Yo no pienso eso, o Las cosas no tienen por qué ser así...* Ya no quiero hablar del tema.

Hacía unos veinticinco grados. Un clima ideal para un verano en la costa, de esos que solo se pueden permitir los ricos. A la sombra de los árboles estaba casi fresco, pero al rato llegamos a una zona en la que pegaba el sol. Si algo le agradezco a la vida es que mi hija sepa de sobra que la adoro de manera incondicional: que incluso si mete la pata, o entiende algo mal, no le veo defectos serios; que no tiene que demostrarme nada (que no es lo mismo que siente respecto de la madre). Pero quizá todos los padres piensan lo mismo. Amy siempre me dice: *Te gusta creer que contigo se abre, pero no es cierto; solo te dice lo que sabe que quieres escuchar.*

¿Y qué quiero escuchar? No las cosas que me dice, pero Amy se piensa que no tengo idea de cómo son las chicas. La forma en que van moldeando la personalidad para agradar a los demás; que es, según me dice, lo que ella misma hizo. Pero la verdad es que a Miri no le importan demasiado los demás; en eso es más como yo.

—Hay otra forma de verlo —le dije—. Sería la siguiente: Jim no es un gran remero y se cayó al agua.

—Tenemos que discutir *por algo*. Si no el lunes va a ser todo muy difícil.

El lunes él se volvía a Nueva York a armar las valijas para irse a Harvard.

—No tienen por qué cortar. A veces la gente se las arregla.

—No me da miedo estar tomando la decisión equivocada ni nada parecido. Solo tengo que ver cómo sobrevivo los próximos días.

Antes incluso de volver a lo de los Brinkman le empezó a escribir a Jim. O a alguien. En esa parte de Cape Cod hay una recepción pésima, así que cada vez que llegábamos a una zona con señal Miri sacaba el teléfono. Igual me pareció que ya habíamos hablado lo necesario; por entre los árboles nos llegaba el rumor de la fiesta. Eran cerca de las cuatro de la tarde y estaba lo suficientemente ventoso como para que el sol encandilara un poco al tocar el agua. De no ser por el teléfono, podríamos haber estado en cualquier momento de las últimas cinco décadas. A veces, en esos entornos costeros, recupero a medias cierta sensación perdida, esa incertidumbre juvenil, absolutamente despreocupada, de no saber qué va a pasar con el resto de mi vida.

Cuando volvimos ya habían levantado las cosas del almuerzo. En un momento Leslie Brinkman trajo dos inmensos estrúdel de manzana que había preparado ella misma y los cortó sobre la mesa de madera. Había platos descartables y un

bol con crema para que la gente se sirviera. Al rato se hicieron las cinco y Danny Brinkman, que tenía más de setenta, decidió empezar a servir tragos. Su hijo buscó en el living un carrito con botellas y lo trajo hasta el deck para que su padre pudiera ir empujándolo por ahí... ¿Un old-fashioned?, ¿un sea breeze? Hasta se puso un delantal. ¿Qué le puedo ofrecer, señor? Tenía manos grandes, secas, artríticas; temblaban cada vez que él trataba de sacar hielo del balde usando unas pinzas de plástico.

Pensé que yo también me podía emborrachar. Por varios motivos, sí, pero sobre todo porque quería que Amy se mantuviera sobria para manejar. Esos jueguitos que uno juega. En las fiestas siempre estábamos al tanto el uno del otro, furtivamente, aunque sin interactuar demasiado. A veces la veo hablar con algún desconocido, o con gente que yo no ubico, y la noto tan... presa de su propia pose... que no logra articular nada nuevo, nada interesante. Si bien todavía sigue siendo la mujer más linda de cualquier fiesta, la gente empieza a inventar excusas para alejarse de ella, que quizá sea el motivo por el que se fue volcando cada vez más a la bebida, aunque por lo general después se arrepiente.

Me acuerdo de que la primera vez que Zach Zirsky se acercó a hablarle, en el *bar mitzvah* de alguien, o al menos la primera vez que yo los vi hablando, me alegré por ella, porque sabía que Amy se entusiasmaba cuando la elegían para flirtear un poco. Zach tiene unos modos que la gente a veces celebra. Hable con quien hable, crea una especie de intimidad, como si estuvieran solos. Algo que a mí siempre me pareció un espanto. Pero bueno, ok, no me importó. Pensé que a Amy le iba a hacer bien que le prestaran un poco de atención.

Más adelante le pregunté cómo había empezado todo. Quién había dado el primer paso. Me dijo: *Fui yo; lo invité a almorzar*. Zach era cineasta independiente, algo que puede

significar casi cualquier cosa. Cuando Amy dejó de dar clases, empezó a tener un montón de ideas para hacer documentales pedagógicos, un rubro en el que hay, en esencia, un público cautivo, lo que explica que el nivel general resulte tan bajo. Así que él se ofreció a revisar esas supuestas ideas. Le dijo que podía ponerla en contacto con ciertas personas. *¿Alguna vez actuaste? Ay, no, no puedo estar frente a cámaras, me cohíbo demasiado, etcétera.* Así me imagino yo sus charlas. Amy dijo: *Siempre me apoyó mucho. Apoyó mucho tu adulterio,* le dije. *No conviertas esto en algo así. Incluso cuando la cosa ya se había terminado... él creía que yo tenía algo para ofrecer, que no se me estaba dando la oportunidad... de poner todo de mí...*

Pero sabe que detesto cuando la gente habla así.

Antes, cada vez que tomaba un poco, me daba por soltar la lengua. Ahora hablo menos. Miri tenía en brazos a uno de los bebés. Yo no los distinguía. Tal vez era el hijo del tío Richard. Trataba de hacerlo dormir, que era también una estrategia para angustiarse un rato así Jim la dejaba en paz. Llegada cierta etapa, cuando uno ya no habla, y se sienta por lo general a un costado de las situaciones, se vuelve permeable a ese tipo de cosas. Me puse triste por mi hija: tenía que aprender a protegerse porque Jim estaba por irse. Ella, por supuesto, también se iba, y yo no había buscado ningún reaseguro contra eso.

Más tarde me descubrí en un grupo con Danny Brinkman y su hijo Jeffrey, que enseña Economía en Rindge & Latin y tiene, según creo, una vida bastante holgada. Trabaja como profesor en una secundaria pública, pero vive en una casa grande cerca de Porter Square y pasa los veranos en lugares como ese. En fin, que estaba contando anécdotas sobre una persona a la que le daba clase, que a veces era *él* y a veces *ella*, y Jeffrey no entendía si la idea era que fuera algo evidente, porque algunos días aparecía con una pollera cortita y otros con jeans anchos, remerones, etcétera.

—Antes para eso teníamos una palabra muy linda que hoy ya nadie usa —dije.

—¿Que es cuál? —preguntó Jeffrey—. La verdad es que me cae muy bien esta persona. Me parece que se liberó de todas esas estupideces con las que yo mismo luché a su misma edad. Hay una parte mía que está celosa.

—Travesti.

—Papá, por favor —dijo Miri. Eran cerca de las siete, y el sol se ponía sobre el agua y me daba en los ojos.

—Vieron que ahora... bueno, tenemos que agregar una línea bajo la firma de los mails de la universidad donde figuren los pronombres, tipo él/ella/elle... y yo me niego. Así que me llegó un mail de la oficina de docilidad.

—No existe una oficina que se llame así —dijo Miri.

—Bueno, como sea, empecé a poner bajo la firma *yo/mí/mío*. Así que recibí otro correo pidiendo explicaciones. No me gusta que hablen de mí en acusativo. Me cosifica, literalmente.

—No dijo eso. No hizo nada de eso.

—¿Cómo sabes? —dije mientras la abrazaba—. ¿Cómo sabes qué hago cuando no me ves?

Pero ahora se había sumado Amy al grupo. Nos estábamos por ir a casa.

—¿Qué hace? —dijo Amy.

—Nada. Habla, como siempre.

—Jamás hablo cuando me emborracho. Me pongo muy observador.

—Ah, la ira del varón blanco —dijo Miri. Así me habla cuando piensa que estoy tratando de ser polémico.

También estaba Jim. Se había puesto ropa prestada. Le quedaba demasiado grande, parecía otra persona. No un chico de Harvard, para nada.

—¿Cómo es entonces que nunca me escuchas levantar la voz? —dije—. ¿Si soy tan iracundo? ¿Cómo se explica? ¿Cómo es que siempre soy el tipo más sosegado en cualquier reunión?

—Por favor, papá.

—Gracias por la camisa, señor Brinkman —dijo Jim—. Perdón por lo de la canoa.

—Ah, no te preocupes —dijo Jeffrey—. Son cosas que pasan.

La vuelta a casa fue tranquila. No son ni diez minutos de auto. Apenas llegamos Miri se fue directo a la heladera a ver qué podía comer.

—¿En la fiesta no te serviste nada? —dijo Amy.

—Eso fue hace tipo tres horas...

—Estoy tan llena que me tengo que acostar.

—Está bien, como gustes. Eso quiere decir que no hay ningún plan para la cena, digamos.

Richard ya había vuelto. Ayudaba a acostar al bebé. Así que todas esas charlas se dieron mientras pasaban otras muchas cosas. Vicky, su hija del primer matrimonio, que editaba un blog político en Washington DC, dijo:

—Pensé que podíamos pedir pizza.

—No hay buena pizza en esta zona —dijo Steve. Steve estaba casado con Lisa, la otra hija de Richard. También tenían un bebé del que ocuparse; Lisa lo estaba bañando. Se oía el ruido del agua, incluso desde la cocina.

—¿Y JB?

—Cerraron el año pasado. Y tampoco era bueno.

—Ay, no seas tan snob...

Y así todo. Vicky y Steve tenían una relación propia, independiente; él trabajaba para la ACLU. Les gustaba hablar sobre política.

Al rato, Amy dijo:

—Bueno, estoy llenísima de estrúdel, no creo que pueda comer nada más.

—Podemos ir a CShore, pero en ese caso alguien tendría que manejar.

—Yo puedo —dije. Pero Miri me dijo:

—Estás borracho.

Terminaron pidiendo en Papa Gino's y se sentaron alrededor de la mesa del comedor a jugar al Desconfío, los cuatro solos: Jim y Miri, Steve y Vicky. Amy se acostó y yo me fui a dar una vuelta a la manzana con una cerveza. A veces la sola presencia de alguien más grande, más triste, cambia la dinámica de una situación. Pero me hizo bien ver a Miri ahí sentada con sus primos. Para cuando volví, Lisa también estaba en la planta baja, comiendo pizza fría; Miri y Jim parecían estar llevándose bien. Los dejé solos.

Más tarde, otra vez en la cabañita, cuando Miri entró a buscar sus cosas antes de irse para la carpa, Amy le dijo:

—¿Alguna vez escuchaste la frase “Lo que no mata engorda”?

—¿Si lo escuché en qué sentido?

—Es algo de lo que vas a tener que cuidarte. Nada más. Biológicamente ya no eres una nena, cuando no importaba qué comieras porque todavía estabas creciendo.

—No entiendo... ¿Qué es esto?, ¿una charla en clave?

—Solo quiero estar segura de que vas a saber cuidarte —dijo Amy—, antes de que te nos vayas.

Por algún motivo estaba a punto de llorar.

—¿Ese es tu gran consejo materno? ¿No engordes?

—No es lo que trato de decirte, para nada. Tom, ¿quieres agregar algo?

—Todos estaban comiendo pizza.

—¿Qué quieres que agregue? —dije.

—Lisa no.

—¿Cómo que Lisa no? Bajó y se comió tres porciones.

—Bueno, está amamantando —dijo Amy—. Yo también pasé por eso. Una puede comer cualquier cosa que después igual adelgaza.

—Ay, Dios mío. —Miri me miró, puso cara—. ¿Estoy gorda?

—Yo te veo bien —dije.

La verdad era que durante el verano había aumentado un par de kilos, pero no me parecía tan grave.

Cuando se fue, nos quedamos solos. Era una habitación llena de ecos, con una pared de vidrio oscuro en uno de los laterales, y techo alto, inclinado. La iluminación superior era totalmente inadecuada, porque en realidad el lugar estaba diseñado para usarse como estudio de arte, para aprovechar la luz natural. Lo único que teníamos, al lado de los colchones, era una lámpara de pie con un cable largo que había que disputarse si alguien quería leer antes de dormir. Pero Amy había apagado la luz. Dijo:

—Sí que importa, porque importa la forma en pensamos en nosotros mismos, sobre todo al empezar algo en un lugar nuevo. Tiene que entender que ahora depende de ella cuidarse y proyectar la clase de persona que quiere que la gente vea, para que la traten de manera acorde.

—No sé si te entiendo...

No dijo nada durante un rato, pensé que tal vez se había dormido.

—De verdad me desprecias, ¿no? —dijo.

—Claro que no. Pero no siempre estoy de acuerdo con todo lo que haces.

Las discusiones entre ellas no eran ninguna novedad. Se peleaban desde que Miri era chiquita. Es curioso, porque cuando Michael nació Amy parecía decepcionada: quería una nena. Igual nunca tuvo problemas con Michael, era como su asistente

en miniatura. Entonces llegó Miri, así que Amy por fin iba a tener alguien a quien comprarle vestidos, llevar a danza y todas esas cosas, salvo que desde el comienzo su vínculo fue una pelea constante.

Uno de los campos de batalla centrales era el ballet. De hecho la tenía que llevar yo, porque Miri no quería saber nada cuando iba con Amy. Odiaba el tutú, odiaba las zapatillas. Yo tenía que vestirla a escondidas, sin que nos viera mami. Por supuesto que en parte era una especie de rebelión, pero también una excusa para aparecerse de pronto frente a su madre y recibir cariño y aplausos. Igual quería que la llevara yo porque al final de la clase no le decía nada, mientras que Amy en general la criticaba.

Lo que pasa con la danza es que tratan que las cosas se hagan de una determinada manera, quieren que se sigan ciertas instrucciones. Yo también llevaba a los chicos a fútbol, que es una realidad mucho más hobbesiana: lo único que hay que hacer es sobrevivir. Pero en la danza hay que imitar todo perfecto. Según Amy, el ballet te enseñaba a presentarte como corresponde, algo que resulta especialmente importante en el caso de las nenas; los varones tienen otras libertades. Mi reacción era: *¿Por qué mierda entramos en todas esas tonterías? Que Miri se presente como se le dé la gana.* Pero Amy creía que yo me engañaba si pensaba que Miri podía soslayar esa verdad sobre el mundo.

Durante años procuré mantenerme al margen, pero no podía tolerar las escaramuzas de los sábados a la mañana. Uno trabaja mucho toda la semana y quiere un poco de paz familiar. Las clases de ballet se daban en una vieja iglesia, en White Plains, cerca de un mercado orgánico, así que por lo general dejaba a Miri y me iba a tomar un café con una factura. Después volvía para los últimos cinco minutos y le mostraba un pedazo de *focaccia* o un *bagel* de salmón y ella me dedicaba una sonrisa secreta desde una fila de nenas en primera posición.

Incluso de chica Miri era un poco gordita, y Amy trató de que yo le suspendiera las golosinas. En un momento nos dimos por vencidos, y Miri dejó de ir. Fue la primera decepción de Amy como madre.

Pero no fue solo el ballet. A Miri le gustaba probar cosas y después abandonarlas. Durante años jugó al fútbol en la YMCA; teníamos una repisa llena de trofeos suyos, salían campeonas del condado todos los años. Cuando entró al secundario, sin embargo, se negó a presentarse al equipo.

—No conozco a nadie que se vaya a presentar —dijo.

—¿Qué importa? —le dije—. Una vez que estés en el equipo las vas a conocer.

—Ahora ves cómo es, ¿no? —me dijo Amy, casi contenta—. No se quiere comprometer con nada. —Porque a mí me importaban los deportes. Pero cuando alguien no quiere jugar no se lo puede obligar. Nadie se divierte por obligación. Así que cuando dejé pasar ese tema Amy también me lo echó en cara.

—No te importa nada de nada, ¿no? Te piensas que los chicos se convierten en adultos exitosos porque... se les ocurre.

Esta parte me molestó mucho, sobre todo porque yo no estudié en Brearley. Mis padres se divorciaron cuando yo tenía catorce años, mi mamá trabajaba en un colegio —no de maestra, sino de secretaria— y me pagué la facultad de Derecho, pero qué más da. No se puede responder nada porque cualquier cosa que uno diga se convierte en un reproche mucho peor de lo que imaginó, ya sea sobre su personalidad o su carrera. Básicamente Amy estaba desempleada. Pero pensaba que el único motivo por el que yo tenía un vínculo fluido con Miri era porque jamás le cuestionaba nada, y el único motivo por el que salía airoso de todo era porque Amy se ocupaba del trabajo sucio. Lo que tal vez fuera cierto, no sé. Pero igual nunca pude pelearme con Miri. Se parecía demasiado a mí.

Su relación con Jim empezó en primer año del secundario, y en eso Amy también tenía sentimientos encontrados, porque incluso en aquel momento se notaba que Jim era un chico ambicioso y disciplinado, y Amy esperaba que Miri se contagiara de todo eso.

Cuando empezaron a salir, Miri todavía se vestía como... la hija de Amy; es decir, se ponía la ropa que le compraba ella. Soleros, polleras. Zapatillas Keds, mocasines. Jim era de esos chicos que los domingos iba a la iglesia con su familia, y si después venía un rato a casa todavía estaba de saco y corbata. Pero todo eso cambió cuando Miri entró a segundo año. Descubrió el punk y el hip-hop y todos los fines de semana se iba a la ciudad con sus amigos. *A cirujear*, le decían. Volvía a casa cargada con bolsas enormes de ropa, cosas que después casi nunca usaba: jeans tres talles más grandes, camisas con agujeros. Borceguíes Dr. Martens, zapatillas Nike.

—Hay algunas prendas que ni sé cómo hace para ponerse —me decía Amy—. Antes era tan quisquillosa.

—Tal vez sea algo positivo. Una hija sin neurosis. —Michael siempre fue un chico muy nervioso.

Cuando cumplió los dieciséis, Miri quiso agujerearse la nariz. Ya se había perforado las orejas a los trece, algo a lo que me opuse, pero Amy me dijo que no era asunto mío. ¿Cómo no iba a ser asunto mío? Los tipos nos pasamos la vida recibiendo críticas por cosificar a las mujeres, pero de pronto tenemos una hija y la idea es que demos un paso atrás y la dejemos en paz mientras invierte horas frente al espejo del baño convirtiéndose básicamente en un objeto. Bueno, como sea; si así funciona el sistema, pues así funciona. No tengo intenciones de cambiar el mundo. Pero entonces cuando Amy quiso que opinara sobre el aro en la nariz le dije: *Ya me lo dejaste bien en claro, no es asunto mío.*

A mí igual tampoco me entusiasmaba mucho. Pero Amy estaba arrasada más allá de toda medida.

—Se quiere vengar de mí por algo. No entiendo.

—Solo se quiere parecer a las amigas.

—¿Qué amigas? No se visten así... o al menos no las que pueden estar lindas si se lo proponen. Eso es lo que me irrita tanto. Se quiere afear a propósito. Es una especie de herida autoinfligida.

—Prefiero esta herida y no las otras —dije. Me miró.

—Eso es porque no va dirigida a ti.

—Si eliges pelear por esto, algo que igual no puedes controlar, muy pronto todas las interacciones entre ustedes van a ser en ese tono.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que finja que no pasa nada? ¿Solo para llevarnos bien? Perdón. A veces hay que ser padres *en serio*. No eres su mejor amigo.

Bueno, Miri se colocó el aro, y al cabo de unas semanas dejé de prestarle atención. Cuando se resfriaba se le ponía roja la nariz, parecía molestarle, y a mí me daba pena por ella, y no me gustaba tenerle pena, pero creo que era lo único que sentía.

Mientras tanto, Jim seguía yendo al colegio con pantalones de gabardina y camisas formales. Se anotó en el grupo de debate, algo que también hizo Miri durante un tiempo breve, pero renunció durante su último año, apenas antes de llegar a la final regional en Washington. Si ganaban ahí, se iban al campeonato mundial de debate escolar, que ese año se hacía en Stuttgart, pero no ganaron. Creo que a Miri le daba lo mismo, salvo por Jim; el arrepentimiento no forma parte de su personalidad. Ese otoño, en cambio, armó una banda, Luggage, y durante unos meses se pasó varias horas por día estudiando bajo. Yo me reventé quinientos dólares en un amplificador Peavey, porque me

pareció que no tenía sentido comprarle alguna mierda más barata si después iba a terminar necesitando algo mejor.

Pero después dos chicas de la banda, que eran pareja, se separaron, y ahí quedó todo. Miri dijo que igual estaba lista para que la cosa se terminara. Ya antes de la separación, sus amigas la ponían bastante nerviosa. Además tenía que ocuparse de las aplicaciones de admisión a la universidad. Al menos es lo que les dijo a sus padres.

No quiero que dé la impresión de que Miri abandonaba todo compulsivamente, o que no sabía quién era o qué quería. En todo caso, pasaba lo contrario. Era una adolescente curiosa y extrovertida a la que le gustaba probar cosas nuevas, pero también tenía el aplomo suficiente como para elegir, como para decirse: *Okay, ahora ya hice eso*. Muchos la consideraban una especie de líder (no solo sus compañeros, digo, sino también sus profesores) porque los demás solían interesarse por las mismas cosas que ella. La gente buscaba su atención, tal vez porque no siempre duraba mucho. Por otra parte, más allá de la ropa que se pusiera —Vaqueros Enyce o zapatillas Air Jordan— también se tiñó un mechón de rosa cuando la aceptaron en Carnegie Mellon, una especie de autorrecompensa (para ese momento Amy ya se había rendido, digamos; no iba a ser problema nuestro durante mucho tiempo más). En fin, se vistiera como se vistiera, todavía parecía una de esas celadoras simpáticas de las colonias de vacaciones a quienes uno le dejaría sin problema a su hijo de cinco años para que se lo cuide.

En otras palabras: era una chica buena. Nos quedaba casi una semana más de su infancia. Después la idea era que fuéramos todos juntos en auto hasta Pittsburgh.

Pero primero Jim tenía que volver a Nueva York.

Después del desayuno —o sea al día siguiente de la fiesta en lo de los Brinckman—, Jim y Miri desarmaron la carpa y

cargaron el coche de él, un Mazda 3, mucho mejor auto que el mío. Me daba cuenta de que Miri estaba en modalidad novia dócil: plegaba los parantes de la carpa, desclavaba las estacas del suelo. Ninguno de los dos decía mucho. Conozco a mi hija lo suficiente como para saber que no siempre puedo decodificar su estado de ánimo a partir de su actitud. Así que no supe decir si estaba destruida o si solo procuraba, educadamente, atravesar un par de horas incómodas. Amy en general es más intuitiva para descifrar esa clase de códigos, aunque después no siempre sabe bien qué hacer con esa información. Es decir, cómo actuar.

En este caso, preparó unos sándwiches en la cocina para que Jim comiera en el viaje. De Wellfleet a Scarsdale son más de cinco horas de ruta. Miri volvió a la casa para ayudarla, de modo que me quedé solo con Jim en el jardín.

—Perdón por el pasto —dijo.

Había un cuadrado de césped chato, amarillento, donde antes había estado la carpa.

—No importa, vuelve a crecer. —Y después agregué—: igual el pasto no es mío.

—No sé si sabe que estuvimos discutiendo con Miri sobre el año que viene. Sé que ella anda con muchas cosas... los dos, en realidad, y es como que tenemos que tomar unas decisiones importantes, incluso si logramos atravesar los próximos meses para ver cómo estamos.

—No hace falta que me expliques nada.

—Solo quería decir que no quiero que nada de lo que pase entre ella y yo modifique lo que usted piensa de mí. O sea... —y se rio—, los Layward son una parte central de mi infancia. Su casa... y me gustaría pensar que todavía puedo seguir en contacto con usted. Si algún día necesito consejo profesional, o algo así. Digamos, si quisiera anotarme en la facultad de Derecho.

—Claro, Jim, claro.

—En algún momento, más adelante.

—Cuando gustes.

Entonces volvieron a salir “las chicas”. Traían una bolsa de papel madera que parecía demasiado llena. Jim me dio la mano y después, tras una breve vacilación, abrazó a Amy (ella era un poco más alta que él).

—Vamos, Tom —dijo Amy.

—No nos tienen que dejar solos, eh.

Pero eso hicimos, y volvimos hacia la casa principal. Mientras subíamos los peldaños, Amy incluso me agarró la mano, y después me soltó para abrir la puerta y el mosquitero. Richard y compañía se habían ido a pasar el día a Provincetown (también era el último día de Lisa), así que teníamos la casa para nosotros solos.

Amy dijo:

—Tom, no te pares ahí en la ventana. No mires. ¿Qué hacen? Te pueden ver.

—Están hablando, nada más.

Unos minutos después entró Miri. La casa tenía un acceso empinado, y pudimos oír cómo las ruedas del Mazda escupían ripio antes de llegar al camino principal.

—Estoy bien —dijo Miri—, pero tal vez mejor no me hablen durante unas horas, más o menos, o hasta que yo les avise.

—Lo que digas, corazón. —A veces, cuando estaba estresada, o muy sensible, Amy se serenaba parándose en la primera posición de ballet, con los pies bien juntos—. Solo quiero que sepas que cualquier cosa que sientas es totalmente normal.

—Dije que no me hablen. Me voy a bañar. No duermo hace, no sé, tres días.

Para buscar su ropa tuvo que ir otra vez hasta la cabañita. Después volvió a la casa con el teléfono en la mano.

—¿Se van a quedar ahí parados todo el día? —preguntó antes de subir la escalera. El baño estaba en la planta alta; un minuto después oímos cómo corría el agua. Amy me miró.

—¿Y ahora qué hacemos? —dijo.

—Nada. No tenemos que hacer nada.

Más tarde, en la cama, casi le cuento lo que me había dicho Jim sobre el futuro y los consejos profesionales, pero pensé que no se lo iba a tomar como me lo tomé yo, como el tipo de actitud que explicaba por qué Miri estaba dispuesta a dejar que la relación se extinguiera sola. Igual ya no nos hacíamos confidencias como esas.

Me doy cuenta de que todavía no dije mucho sobre Michael. Estaba viviendo en Los Ángeles, donde cursaba una pasantía de verano en investigación para el Instituto Huntington. Él y Miri se llevan seis años, lo que desde luego moldeó su vínculo, aunque no por eso eran, necesariamente, menos unidos. O tal vez sí, no sé. Michael se había convertido en uno de esos jóvenes que deciden que la interacción familiar no les resulta una fuente de felicidad, de modo que había que limitarla solo a ciertas ocasiones inevitables. Eso, desde ya, no iba dirigido a Miri, sino a Amy y a mí. Él acababa de empezar el secundario cuando pasó lo de Zirzky, y había estado mucho más al tanto de la realidad que su hermana. Eso no significa que se haya puesto de mi lado, sino más bien que se llevó la peor parte.

Como ahora estaba en un posgrado y ganaba veinticinco mil dólares al año y no necesitaba de mi dinero, podía hacer lo que quisiera. No lo culpo, pero me cuesta hablar del tema. Para Amy fue un dolor incalculable; como ya dije, siempre había sido su compinche. En cierta forma me echaba la culpa a mí de ese distanciamiento gradual, porque entre Michael y yo la relación era un poco competitiva, si bien lo que en realidad disparó